

Algunas reflexiones en contexto sobre las prácticas y sentidos de la política de los jóvenes en Latinoamérica.

Nicolás Mazzella.

Cita:

Nicolás Mazzella (2015). *Algunas reflexiones en contexto sobre las prácticas y sentidos de la política de los jóvenes en Latinoamérica. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/706>

Algunas reflexiones en contexto sobre las prácticas y los sentidos de la política de jóvenes de Argentina y México

Nicolás Bernardo Mazzella

Universidad Nacional del Comahue

Centro Universitario Regional Zona Atlántica (CURZA)

Viedma, Prov. de Río Negro

nicomazzella@yahoo.com.ar

Resumen

Este artículo analiza y reflexiona, a partir de una investigación de casos en las ciudades de Viedma (Argentina) y Mexicali (México), sobre los sentidos y representaciones sobre la política de los jóvenes en Latinoamérica en el contexto del avance de la globalización capitalista y de una creciente tecnologización del espacio público. Para desentrañar los sentidos de la política es preciso esbozar previamente algunas de las transformaciones en las representaciones de la misma que se han producido en las últimas décadas. A lo largo de estas décadas fueron múltiples y diferentes los cambios que tuvieron lugar y que, articuladamente, generaron modificaciones sustanciales en cuanto a las maneras de entender la política. Nos interesa retomar en este artículo específicamente algunos aspectos conceptuales y contextuales que han hecho emerger crecientemente una nueva configuración de la práctica política y de este modo arribar a una reflexión acerca de los sentidos que sobre la política tienen los jóvenes en Latinoamérica, y conjeturar sobre el impacto de estos sentidos en las prácticas de participación y organización política de la sociedad, donde el sentido de los jóvenes sobre la misma en estos tiempos, aporta a configurar nuevas prácticas y sentidos en ella.

Palabras clave:

Política - Jóvenes - Latinoamérica – Capitalismo - Tecnologización

1. El entramado histórico de la política. Capitalismo y globalización

Para indagar en las representaciones y prácticas de la política que sustentan y estabilizan los sentidos construidos por los jóvenes estudiados, es preciso establecer un marco socio-histórico en el cual se fueron configurando desde fines del siglo XX. Es decir, el marco histórico en el que se producen los procesos de politicidad y socialidad, las formas contemporáneas en que se despliegan las relaciones sociales.

Este marco, centralmente, es aquel que se desenvuelve dentro del modo de producción capitalista. El capitalismo, como modo de producción material de los medios de subsistencia de las personas, en la década del 70 del siglo XX comienza a reconfigurarse. Desde el punto de vista económico, esta reconfiguración está dada por la caída en las ganancias por parte del sector del capital, en los 30 años posteriores a la 2ª Guerra Mundial. Dado que dicha guerra supuso una formidable crisis socio-económica en los países occidentales (EEUU, pero sobre todo Europa), la respuesta a dicha crisis por parte del capital fue la de recomponer el sistema capitalista a través de la intervención estatal, generando el Estado políticas tendientes a mejorar las condiciones de vida material de las personas. El tipo de estado que se impone así desde los años 40 es el denominado Estado de Bienestar o bienestarista, el cual tenía como características centrales ser un Estado regulador de las relaciones sociales, sobre todo en el plano económico, regulaciones que tendían a promover la equidad entre el sector del capital y el sector de los trabajadores. Y también era un Estado interventor, en el sentido que generaba muchas políticas públicas tendientes a mejorar la vida material del sector de los propios trabajadores. Debido a la propia dinámica y tendencia (monopolista fundamentalmente) del sistema económico capitalista este modelo “bienestarista” entra en crisis en los años 1970.

El tipo de capitalismo que se configura en los años 1970 opera, por una parte, sobre/con una expansión global inédita de dicho modelo, y por otra sobre/con un tipo de sociedad y relaciones sociales nuevas, dando lugar al llamado proceso de “globalización” iniciado ya en esa década de 1970. La globalización no es otra cosa que la expansión global del sistema capitalista, su lógica económica, como nunca antes en la historia se pudo verificar. Esto ayudado por el desarrollo del factor tecnológico que permite la expansión comunicacional global en forma extensiva (espacialmente) e inmediata (temporalmente). El capital hace uso de este factor tecnológico en las últimas décadas para autonomizarse, parcialmente, de la acumulación producto del desarrollo del capital productivo (apropiación por explotación del trabajo), y de la regulación del

Estado-nación. El resultado que se comprueba de esto es la expansión del capital financiero, por el cual el capital no necesita de otra cosa que de sí mismo para obtener ganancias, gracias al desarrollo tecnológico-comunicacional. Pero esta autonomía decíamos que es parcial, porque el capital financiero en definitiva es capital, y éste siempre tiene una base tangible que lo genera: la explotación del trabajo humano, el cual genera la producción material (Cernotto, 1999). Las recurrentes crisis financieras que se dan desde los años 1980 no son más que implosiones de este capitalismo financiero a partir del desarrollo de su propia lógica y dinámica de funcionamiento.

2. La política en la modernidad tardía

En las últimas tres o cuatro décadas asistimos a un cambio socio-cultural y político en el tipo de sociedad y de las relaciones sociales, propias de esta reconversión capitalista.

El aspecto político de las relaciones sociales representa el más importante en nuestro análisis ya que atraviesa los sentidos y significaciones que las personas asignan a sus prácticas sociales, es decir aquellas que tienen como horizonte las formas en cómo ellos se organizan socialmente, y las relaciones que establecen a partir de ello.

Precisando cómo son esas relaciones y sus procesos de estructuración, a la luz de los cambios experimentados por el capitalismo desde el último tercio del siglo XX, se puede decir que el tipo de Estado bienestarista que se desarrolla hasta la década de 1970 entra en crisis porque no logra expandir la acumulación de los capitalistas. Y es aquí que surge una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo, en la cual el capital prescinde de la centralidad estatal y desequilibra el sistema global. La consecuencia siguiente es la imposibilidad del Estado de cumplir con sus extendidas obligaciones, perdiendo el sistema su sostén primordial: la legitimidad social en él.

Pero esto no quiere decir que la desintegración social llega a instalarse, si no que lo que se descompone es un sistema particular en el cual la legitimidad en el sistema era, al mismo tiempo, la legitimidad social y política en el sistema globalmente considerado y en un Estado que representaba una idea concreta (condensación de una colectividad, de un funcionamiento social, centrado en un sujeto político: el trabajador asalariado). En su nueva etapa el capitalismo reconfigura el funcionamiento, los mecanismos y el significado de sus partes, por lo cual el nuevo Estado deja de tener una central significación social, pero se desarrolla una mayor legitimidad hacia el funcionamiento del sistema en su conjunto, el cual se rige por una lógica proveniente de

su dimensión económica (liberal), en la cual no existe una idea de la sociedad como colectivo si no que se profundiza el ideario individualista-privatizante-competitivista, que en el plano político y cultural se caracteriza por la apoliticidad, la fragmentación social y la ahistoricidad.

Norbert Lechner daba cuenta en la década de 1990 del avance de la ideología neoliberal en América Latina, y lo que ello significa para los nuevos imaginarios sociales sobre la política y sus prácticas (Lechner, 1994). Imaginarios y representaciones que, aun revertidos en parte en los últimos años, todavía perduran en la sociedad, demostrando la honda huella que tal ideología ha impreso en las formas de hacer política, como consecuencia de los cambios estructurales mencionados más arriba que el capitalismo ha experimentado.

Paralelamente con el resurgimiento democrático de la década de 1980 en América Latina comienza a prevalecer un discurso neoliberal que es el que mejor ha sabido señalar este nuevo contexto caracterizado por ajustes estructurales que alteraron la matriz estado-céntrica de las sociedades latinoamericanas, desplazando la dinámica del desarrollo social del Estado al mercado. Todo ello como proceso de carácter mundial, en el cual sus principales factores representaron el desplome de los países socialistas, consagrando en conjunto un marco que se ha dado en llamar de “globalización” del régimen capitalista.

Para Lechner, estos cambios también se dan en el plano de “nuestros mapas mentales”, sobre todo como tendencia cultural de avance del llamado “posmodernismo”, que transforman nuestra mirada sobre el mundo y la vida.

Según Lechner, en las últimas décadas se estaría en un proceso de profunda transformación de *la política institucionalizada*, en función de lo cual el autor se pregunta: ¿Qué sentido(s) tiene la política hoy en día?

Para Lechner la acción política hoy día tiende a considerarse como la operación a través de “redes políticas”, las cuales articulan un número variable de actores (sociales, políticos, fracciones o instancias diferentes al interior del aparato estatal), interesados en negociar un acuerdo sobre determinada materia. Pero esta visión actual de la política es opuesta a considerar a la política como “creadora de decisión política”, si no que la misma es vista como un “mecanismo de coordinación”, o de articulación/negociación entre actores. Es decir, la política hoy día no es vista como el ámbito de creación de un *orden*, si no que es vista como el ámbito en donde los distintos

actores sociales “negocian” sus intereses y posturas, pero dentro de un *orden* ya establecido e indiscutible.

Otro rasgo de esta política es que con la globalización y el desarrollo tecnológico aplicado a la comunicación se reestructura el sentido del tiempo y la conducción política deviene en mero manejo de la contingencia, de lo actual. La percepción de la existencia de un “presente permanente” emparenta la visión del tiempo con la del funcionamiento del mercado.

La extensión del mercado a ámbitos no económicos y la referencia a la democracia como un mercado político donde compiten élites y se intercambian bienes - por ejemplo, protección y servicios contra lealtad y votos – hace uso de la analogía del intercambio mercantil, facilitando la comprensión de ciertos procesos políticos, por ejemplo, el clientelismo.

Ahora bien, según Lechner existe un malestar con la política que se expresa en una reacción en contra de las actuales formas de hacer política, a la luz de una *imagen familiar de lo que es y debería ser la política*.

El retiro de la política y del Estado en favor de la iniciativa privada y de las fuerzas del mercado a partir de la década de 1990 dan un marco en el que se sigue creyendo en el primado de la política como ámbito donde solucionar los problemas generados, pero no adjudicando a ella las soluciones dadas. El achicamiento de la política provoca angustia en la gente, trasladando toda la incertidumbre al individuo, el cual debe actuar solo, sin marco de referencia ni red de seguridad, y a merced de la inmediatez.

De parte del ciudadano, se debilitan los lazos de pertenencia a la “comunidad de ciudadanos” y, por tanto, le resultan extrañas e indiferentes las cuestiones políticas. De parte de las instituciones, tiende a volatilizarse la responsabilidad política.

Todo ello configura el imaginario colectivo acerca de lo que debe ser la política: conducción, protección, responsabilidad, códigos interpretativos; en conjunto conformando las *demandas de buen gobierno* con las cuales los ciudadanos evalúan el quehacer político.

Para Lechner se va agotando cierta *concepción de lo político*, y analiza dos fenómenos que anuncian una redefinición de dicha concepción:

Uno es la *crisis de los mapas ideológicos*, en los que, dado que las ideologías operan como los mapas de orientación necesarios; al desvanecerse estos mapas ideológicos en las últimas décadas, sobre todo en los 90, se amplía el rango de lo

posible, pero al precio de debilitar el horizonte de lo deseable, es decir el hacernos la pregunta: *¿cuál es el orden deseado?* Nos cuesta nombrar qué objetivos anhelamos y suele imponerse la inmediatez plana de los intereses corporativos. La crisis de los mapas político-ideológicos profundiza la desidentificación ciudadana con los partidos políticos y también debilita las relaciones entre los ciudadanos y la política. La política se pasa a identificar con una gestión de la coyuntura o directamente con una gestión de la crisis.

En la medida en que la política se identifica con una gestión de la coyuntura o, derechamente, con una gestión de la crisis, cambia la participación política. ... (la) ciudadanía no alcanza a deliberar acerca de la mayor parte de las opciones. En consecuencia, la participación se desplaza de una deliberación previa en la toma de decisiones a una evaluación ex post de los resultados. De hecho, los derechos ciudadanos comienzan a ser interpretados más y más como derechos de los usuarios a fiscalizar lo realizado (Lechner, 1994).

Un segundo fenómeno es la *reestructuración de los mapas cognitivos*, los cuales son las coordenadas mentales y los códigos interpretativos mediante los que hacemos inteligible la realidad social. La erosión de nuestros mapas cognitivos se manifiesta en la *desestructuración del tiempo*, con un fenómeno particular: el desvanecimiento del *futuro*. Se agotan las energías utópicas y la capacidad de vislumbrar otros mundos, otras sociedades. Y esto influye en lo político en tanto se espera que la política institucionalizada compense esta inmediatez ofreciendo algo duradero, cosa que no ocurre, y en cambio ella se embute en un cortoplacismo reflejo de este clima cultural. Es la crisis de los grandes relatos, las grandes teorías, las grandes gestas y los cambios radicales. También existe una *reestructuración del espacio*, la cual se traduce en la segmentación cultural, el individualismo retrotraído a la intimidad de lo privado, un declive del hombre público que se relaciona con el avance de lo privado (incluso la privatización como reflejada en lo que hace a los servicios y empresas del Estado), y en la centralidad del mercado como nuevo ámbito asignador de los recursos sociales y como nueva metodología de acción (la mercantilización, el hablar de oferta y demanda, etc.).

3. Sujetos políticos y politicidad

En Latinoamérica, creemos, todos estos cambios en la forma de entender la política, producto del avance de la ideología neoliberal que acompaña la reestructuración del sistema capitalista de producción operado en los últimos 40 años,

generó una reconfiguración de los sujetos políticos de cambio. Estos se desarrollan al calor de una nueva estructura social regional que se caracteriza por tener marcados niveles de polarización socioeconómica entre sus clases sociales, proceso que a la vez va acompañado por una creciente desidentificación con instituciones políticas que se vinculaban de manera directa al esquema estatal. Las consecuencias sociales de ello sobre las prácticas políticas se manifiestan en la conformación de un nuevo tipo de politicidad que llevan adelante los sujetos políticos.

La nueva disposición que adquiere el capitalismo a fines del siglo XX permite dar surgimiento a un nuevo sujeto político crítico, protagonizado en los llamados “movimientos sociales” (en reemplazo de las tradicionales corporaciones y los partidos políticos). Así, la conflictividad política de las últimas décadas en América Latina están atravesadas por lo cultural, incluyendo confrontaciones que abarcan esencialmente las cuestiones de género, de etnicidad (o racial), de religión, y de nacionalidad. Es en este sentido que se puede ver cómo las comunidades populares que se van traduciendo en expresiones movimientistas, van conformando unas prácticas políticas que buscan básicamente visibilizarse para que de esa manera poder conseguir defender su identidad, sus valores y sus recursos de vida. En Latinoamérica el conflicto social encarnado por estos nuevos sujetos políticos está orientado en ese sentido.

Estas nuevas prácticas políticas implican repensar las formas de la politicidad que estos sujetos políticos encarnan. Esa politicidad se representa hoy, a la luz de considerar estos sujetos políticos populares en nuestra región, en un plano central: pensando que la vieja “lucha de clases” donde el obrero industrial se enfrentaba al burgués con la fábrica y la relación laboral como espacio de lucha deja de ser el eje central de la misma (aunque no desaparece) y por el contrario es una lucha que *agrega* a esto las cuestiones básicamente de las significaciones populares de lo cultural, lo territorial y las identidades construidas por las propias comunidades.

En este contexto, las prácticas políticas se reconvierten dentro de la reconversión de los sujetos políticos que van surgiendo. Los procesos de cambio social que se experimentan en el capitalismo neoliberal y globalizado de fin de siglo XX permiten ver un des-centramiento de la dinámica política, tradicionalmente acaparada por el Estado como institución trascendentalmente abstracta de la Modernidad. Y al mismo tiempo se verifica una fragmentación del poder social que se corresponde con cambios en la socialidad urbana, es decir con procesos en los cuales se reconfigura la manera de ver el espacio público, y de relacionarlo con lo privado. Los nuevos sujetos políticos,

fragmentados en tanto ya no como sujeto social único, asisten a transformaciones en la manera de constituir sus identidades, los modos de subjetividad que construyen, la forma en que perciben el espacio y el territorio, y en la recreación de nuevas institucionalidades.

En definitiva, las nuevas prácticas políticas que se van estableciendo en los albores del siglo XXI deben ser concebidas y pensadas teniendo en cuenta que la fragmentación social recrea cierta autonomía de lo político en las distintas esferas de la vida sociocultural, vinculada a prácticas cotidianas de los sujetos populares que con sus propios códigos van resignificando los discursos (propios y ajenos), sus trayectorias temporales (a través de la memoria colectiva) y van re-constituyéndose, así mismo, como sujetos sociales críticos y alternativos de la cultura dominante que representa el sistema capitalista.

4. La política y lo político

Frente a estos procesos, la innovación conceptual y teórica de “lo político” en el campo de los estudios políticos a partir de la segunda mitad del siglo XX y, en particular, la diferencia entre lo político y el concepto tradicional de la política parece indicar la crisis de los paradigmas científicos del pensamiento moderno al respecto.

En efecto, en los últimos años en el campo teórico de los estudios conceptuales sobre la política, se han extendidos desarrollos teóricos y debates enriquecedores alrededor de la idea del agotamiento de un modo de hacer política por parte de los sujetos sociales, en relación con la creciente desvinculación de estos con entidades tradicionales de la sociedad por donde se mediatizaba dichas prácticas. Estamos hablando principalmente del agotamiento de instituciones tales como el Estado, los partidos políticos y las corporaciones.

Son varios los autores que han puesto el foco en estas cuestiones, pero reseñaremos brevemente el desarrollo conceptual de dos de ellos que sintetizan en buen grado esta corriente teórica que representa un viraje en los paradigmas que se ocupan de entender la política y lo político: Chantall Mouffe y Jacques Ranciere.

Chantall Mouffe desarrolla sus aportes teóricos tributariamente, aunque de manera crítica, siguiendo a los vertidos ya a principios del siglo XX por el autor alemán Carl Schmidt. Carl Schmidt hace una definición de la política como aquella que diferencia entre amigo y enemigo (A-E), en conflicto. Y esto es lo que según este autor es la esencia de la política ya que por analogía establece que cada ámbito tiene su

diferenciación: el ámbito de la moral tiene la diferenciación del bien y del mal, en lo estético lo bello y lo feo, en lo económico lo rentable-beneficioso y lo no rentable-perjudicial, etc. (Schmidtt, 1991: 56). Esta distinción entre amigo-enemigo se refiere al ámbito público. Schmidtt nos da una definición de la política como sinónimo de conflicto entre partes, sin importar su origen ni sus consecuencias.

Es a partir de la concepción de lo político de Schmidtt, como una relación de conflicto entre dos partes, que Chantall Mouffe reelabora este modelo estableciendo una diferenciación entre *lo político* y *la política*, y desarrolla su *modelo adversarial* de lo político.

Para Mouffe la sociedad se caracteriza por ser una entidad conflictual, en la que el conflicto se da a partir de la identificación de *lo político*, el cual a su vez permite la constitución de la misma sociedad. *Lo político*, así, es precisamente el espacio donde se desenvuelven el poder, los conflictos y el antagonismo. Mientras que *la política* representa “...*el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político*” (Mouffe, 2007: 16).

Lo institutivo de lo político para Mouffe será entonces el antagonismo, el cual se puede llegar a expresar en la forma *amigo-enemigo* o *nosotros-ellos*, si es que (y aquí la diferencia con la elaboración teórica con Schmitt) existe un cierto pluralismo social que permita que los adversarios en pugna o antagónicos puedan llegar a tener un vínculo común, es decir que se reconozcan como oponentes legítimos, como adversarios, y no como enemigos irreductibles como plantea Schmitt. Esta relación de oposición entre oponentes reconocibles recíprocamente Mouffe la llamará relación agonial, y el resultado de ello es que para entender lo político propone un marco de conflictividad social que se desarrolle como un pluralismo agonístico.

Así, en Mouffe, el conflicto político tiene como corolario la construcción de una hegemonía, en tanto el orden social está atravesado por relaciones de poder que expresadas en las relaciones sociales antagónicas que se puedan dar, van construyendo un orden político hegemónico. Esas relaciones sociales antagónicas representan las luchas permanentes de los movimientos anti-hegemónicos del orden establecido.

Jacques Ranciere por su parte despliega una interesante consideración sobre lo que significa la política. Este autor parte de definir la política diferenciándola de lo que él llama “policía”. Esta, va más allá del significado que usualmente es usado para identificarla con una entidad del Estado cuya función es la de reprimir y controlar. En

efecto, para Ranciere con el concepto de “policía” se designa al orden social e institucional constituido, que impide el despliegue de la política. La política significa para Ranciere otra cosa, y lo que usualmente se denomina así él prefiere denominarlo “policía”:

Generalmente se denomina política al conjunto de los procesos mediante los cuales se efectúan la agregación y el consentimiento de las colectividades, la organización de los poderes, la distribución de los lugares y funciones y los sistemas de legitimación de esta distribución. Propongo dar otro nombre a esta distribución y al sistema de estas legitimaciones. Propongo llamarlo policía (Ranciere, 1996: 46).

Es importante esta diferenciación, dado que en Ranciere la idea de “política” está precisamente relacionada con ser la encargada de alterar el sistema descrito como “policía”, en tanto es la irrupción de la parte suplementaria de la sociedad que no tiene parte en ese orden del sistema “policial”.

La política, así, constituye más que nada una lógica distinta que la se despliega en ese orden del sistema policial. El conflicto político no opone los grupos que tienen intereses diferentes en una sociedad, si no que opone distintas lógicas de mando y poder que se ejercen, en función de dónde emana ese poder o mando.

Esas lógicas distintas fueron expresadas por los primeros filósofos de la antigüedad, al criticar la democracia, ya que ésta permitiría la irrupción en el mando de aquellos que no tienen parte en la sociedad, en tanto desposeídos de títulos o atributos para gobernar.

Autores clásicos como Platón y Aristóteles describían variados pares de posesión/desposesión de atributos que fundamentaban la dominación, y precisamente en la antigüedad era la democracia aquel régimen que se caracterizaba por la ausencia de título para gobernar.

Es el estado de excepción en que no funciona ninguna pareja de opuestos, pero sobre todo ningún principio de reparto de roles y funciones, los cuales son característicos de los regimenes basados en la lógica “policial” de Ranciere.

En la lógica “normal” (“policial”) de dominación, hay una disposición particular a actuar que se ejerce sobre una disposición específica a padecer. Esta lógica supone que existe una superioridad determinada que se ejerce sobre una inferioridad determinada. Para que haya un sujeto de la política, y entonces la política, es necesario que haya una ruptura de esa lógica. La política es una ruptura en la idea de las disposiciones que se

vuelven propias de estas posiciones. Por eso, para Ranciere la democracia (real, original de la antigüedad clásica) constituye un punto de partida para el comienzo de la política:

...democracia es el nombre de una interrupción singular de ese orden de distribución de los cuerpos en comunidad que se ha propuesto conceptualizar con el empleo de la noción ampliada de policía. Es el nombre de lo que viene a interrumpir el buen funcionamiento de ese orden a través de un dispositivo singular de subjetivación... (La) democracia es la institución de sujetos que no coinciden con las partes del Estado o la sociedad, sujetos flotantes que desajustan toda representación de los lugares y las partes. (Ranciere, 1996: 126).

La democracia instituye, por lo tanto, comunidades de tipo específico, comunidades polémicas que ponen en juego la oposición misma de las dos lógicas, la lógica policial de la distribución de los lugares y la lógica política del trato igualitario. (Ranciere, 1996: 127).

Y en la política que tiene su punto de partida aquí, los sujetos, por ello mismo, participan en los contrarios, haciendo de la política un tipo de acción paradójal, en tanto la política es el mandato sobre los iguales y el ciudadano, aquel que tiene parte en el hecho de mandar y en el de ser mandado, un sujeto que, al mismo tiempo, es el agente de una acción y la materia sobre la cual se ejerce esa acción. Contradiendo la lógica normal del actuar que pretende que un agente dotado de una capacidad o título específicos produzca un efecto sobre una materia o un objeto poseedor de la aptitud específica de recibir este efecto y no otro, lógica propia del orden de lo “policial”, donde no hay “política”.

5. Los sentidos de la política en la producción discursiva juvenil de los jóvenes de México y Argentina

En virtud de todas estas transformaciones en el marco social y en los paradigmas teóricos sobre la política que se han producido en las últimas décadas, estos cambios se observan plasmados en los sentidos que los jóvenes de Viedma (Argentina) y Mexicali (México) le dan a sus prácticas políticas. Producto de algunos análisis interpretativos sobre dichos sentidos¹ es que se ven reflejados en ciertos rasgos las representaciones sobre la política en estos jóvenes.

Cuando se analiza la representación misma que dichos jóvenes tienen sobre qué es la política, observamos que en el discurso de los jóvenes mexicanos entrevistados la

¹ Interpretaciones hechas a partir de entrevistas realizadas a grupos de jóvenes de Mexicali (México) y Viedma (Argentina), en el marco del Proyecto de investigación del CURZA-UNCo denominado “*Los jóvenes de Viedma y las redes sociales virtuales como espacios reconfiguradores de culturas políticas*”, llevado a cabo en 2011-2014.

política (su “deber ser”) está muy emparentada con lo instituido, a través de entidades tales como el Estado, la Familia y los Partidos Políticos, como así también las costumbres sociales de donde emanan las acciones políticas. A su vez la política implica orden, leyes, control, liderazgo y toma de decisiones, es decir acciones que realizan estas instituciones, de manera vertical en cuanto a su funcionamiento de mando.

En el discurso de los jóvenes argentinos entrevistados, en cambio, la política tiene más acercamiento a las bases sociales, en cuanto a establecer de dónde emana el mando. Pero la acción que representa la política, al igual que en los jóvenes mexicanos, se enlaza con la idea de toma de decisiones, especificando en los argentinos una funcionalidad de la política que se remite a los fines de la lucha-conflicto y a la organización para esa lucha.

No obstante ello, la política real (“lo que es”) para los jóvenes de ambas nacionalidades está atravesada por cuestiones tales como la corrupción, la falsedad, lo oculto, la conveniencia, la perversión, la incompetencia, etc. Todas estas calificaciones apuntan directamente al quehacer de la política que ponen en funcionamiento las acciones de “los políticos”, es decir los líderes, dirigentes, gobernantes, es decir la encarnación de la política en personas que la dirigen. Así, se puede ver que tanto en los jóvenes mexicanos como en los argentinos estudiados, se retoma la cuestión de cómo debería ser la política, y ese sentido se observa a en los mexicanos una aproximación a la idea del “desarrollo”, mientras que en los argentinos hacia la idea de lo “nacional” y lo “popular”. Resulta llamativo estas aproximaciones conceptuales a dos ideas (desarrollo y nacional-popular) que atravesaron la discusión socio-política, desde veredas teóricas opuestas, durante gran parte del siglo XX en América Latina².

Respecto a ese “deber ser” de la política, los mexicanos apuntan a una política transparente, en la que se puedan debatir participativamente propuestas que apunten al bienestar social. Los argentinos siguen esta misma línea de opinión, resaltando tal vez en su discurso levemente un mayor grado de combatividad en las acciones que permitirían hacerla más participativa y abarcativa de todos los sectores sociales.

Los jóvenes de ambos países ponen en central relevancia el espacio que ocupan como grupo etéreo, en el sentido de que su participación política es fundamental para

² Entre otros, autores como Gino Germani y Raúl Prebisch hicieron hincapié en la necesidad de una política en América Latina que propendiera al “desarrollo” y la “modernización”, mientras que otros sociólogos como Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos focalizaban la atención en que los problemas socio-políticos de la Región se podían desandar teniendo en cuenta la participación popular y rompiendo con la dependencia económica y cultural con los centros de poder mundial.

realizar los cambios que la sociedad requiere. En los jóvenes mexicanos se nota una mayor sectorialización del conjunto juvenil con respecto al resto de la sociedad, y sobre todo en relación con otro sector social denominado “los gobernantes”, con el cual existiría el contrapunto. En los jóvenes argentinos al sector juvenil también se lo tiene sectorializado, pero menos que los mexicanos, ya que los argentinos en su discurso integran su sector en forma más asidua con los denominados “adultos”, o diluyéndolo en el más en general de “todas las personas”.

Resulta interesante notar que en los jóvenes de México y Argentina existen diferencias en cuanto a establecer quienes son aquellos que están en condiciones de hablar de política. En los mexicanos podrían hacerlo aquellos a los que les *interesa*, dejando abierta la puerta a que la posibilidad de ello esté para todos, a la manera de un derecho que cada persona tiene. Mientras que en los argentinos la opinión mayoritaria está atravesada por la condición del “saber” como requisito para poder hablar de política, a la manera de personas con conocimientos o especialistas. Lo interesante de esto resulta en que se nota una cierta contradicción de los jóvenes argentinos cuando ponen la barrera del *saber* a la introducción a la opinión política, cuando al mismo tiempo opinan (ver más arriba) que la política debe ser participativa, popular y en la que toda la sociedad pueda intervenir. Se podría considerar que dejar la opinión política a “especialistas” sería una forma (distinta, pero una forma al fin) de compartimentalizar los asuntos políticos a una “clase” o a un sector, tal como ellos mismos críticamente ven que es la política hoy.

Los discursos sobre la política de los jóvenes de estos países asumen algunas diferencias que tal vez se puedan explicar a partir de considerar las sociedades y la historia que le son atravesadas.

En los mexicanos se observa una tendencia más comunitarista del discurso, verificado a través de la cierta asidua referencia a sujetos o instituciones tales como el estado, la familia, los jóvenes como sector social específico, los partidos políticos, o el país en que se vive. E incluso en considerar que la posibilidad de que los jóvenes puedan realizar protestas sociales, se haga bajo metodologías altamente organizadas, lo que denota una valorización de la organización, en tanto implica una institucionalización insipiente en cierto modo.

En los argentinos, por su parte, prevalece una cierta contrariedad con lo instituido o las instituciones existentes, las cuales se podría pensar que las consideran causantes del descrédito de la política.

Es claro que en ambos grupos de jóvenes existe un desencanto por la política y las causas de ello son puestas en la dirigencia, o en lo que se podría decir “los políticos” (la clase política dirigente). Y también es claro que ambos grupos piensan que la reversión de esta problemática está dada por la mayor participación e involucramiento de la sociedad (más específicamente de los jóvenes como sector social, en el grupo mexicano) en los asuntos políticos.

La diferencia se afina al momento de deslizar las maneras de revertir esto, ya que los jóvenes mexicanos asumen un discurso que pone el acento en el protagonismo de las instituciones existentes, las cuales sin embargo sólo pueden llevar al cambio si son más integradoras de los sectores sociales que dejan de lado al momento de debatir los asuntos políticos. Mientras que los argentinos despliegan un discurso más rupturista desde el punto de vista social y político para con esas instituciones.

También es de destacar que en el discurso de los mexicanos la finalidad que tiene la política está más ligada al bienestar general y al desarrollo social, mientras que en los argentinos se especifica que la política debe ser más bien un vehículo para revertir la mala situación social (la cual incluye las instituciones tradicionales existentes) que estaría más centrada en los aspectos socioeconómicos.

La idiosincrasia cultural y política de las sociedades de México y Argentina tiene algunas diferencias que son probablemente importantes a la hora de interpretar estas diferencias sobre las maneras de implementar un cambio en la sociedad. México es un país que tiene un altísimo grado de mestizaje de los pueblos originarios precolombinos con españoles fundamentalmente. Y por lo tanto es una sociedad que seguramente debe de haber retenido en mucha mayor medida que en Argentina los valores sociales y culturales propios de aquellos pueblos. En la Argentina, la sociedad se conformó prácticamente con la aniquilación de todos los pueblos originarios y con la llegada y propagación de inmigrantes europeos (españoles e italianos fundamentalmente) que trajeron su cultura y la transmitieron generacionalmente conformando una idiosincrasia particular para lo que es Latinoamérica.

Creemos que no es difícil pensar porqué en Argentina no existe como en México una mayor valoración de las instituciones de la sociedad (ya sea del Estado mismo, como la Iglesia, las Fuerzas Armadas o los Partidos Políticos, por ejemplo). A la vez que sí se pueden observar en los argentinos una mayor receptividad del discurso de los nuevos paradigmas teóricos que revalorizan las prácticas políticas como desligadas de

las instituciones políticas tradicionales propias de la modernidad, fundamentalmente de los partidos políticos en el entramado que estructuran con el Estado.

6. Algunas conclusiones

El marco socio-histórico en el cual se fueron configurando las representaciones y sentidos de los jóvenes sobre la política, se ha ido transformando en las últimas cuatro décadas, producto de una formidable mutación del capitalismo como sistema de producción material social, mutación que no es ajena en sus causas a la crisis misma de dicho sistema de producción.

Las transformaciones que el capitalismo experimentó en los últimos 40 años se centraron en la progresiva disolución de una matriz de pensamiento social (vinculada, por lo tanto, a unas determinadas prácticas políticas) estado-céntrica.

La creciente “globalización” de las comunicaciones y su consiguiente tecnologización del espacio público, son algunas de las consecuencias derivadas de las transformaciones del capitalismo reciente. Pero son también, a la vez, producto de las ‘respuestas’ que la sociedad ha dado a tales transformaciones, a modo de resistencia o aceptación de estos cambios, en relación tanto con los poderes constituidos, como en la relación que los sectores populares de la sociedad entablan entre sí.

Todo esto trae aparejado nuevas maneras de entender la política, tanto como de practicarla. Y donde más podemos observar estos cambios sobre los significados de la política es en el plano de la juventud. Es decir, la desarticulación de la estructura estado-céntrica permite el surgimiento de nuevas maneras de entender y practicar la política en las nuevas generaciones, muy vinculada a los cambios acaecidos en el marco de la globalización capitalista reciente.

Pero estos cambios lejos están de hacernos aparecer a la politicidad de la sociedad, y de los jóvenes en particular, como desprovista de toda posibilidad de crítica, tanto en sus prácticas como en sus significaciones. Al contrario, creemos que lo que se evidencia, tal como lo expusimos más arriba, y en función del análisis de lo que los jóvenes de Viedma y Mexicali interpretan de la política hoy día, es un cambio de paradigma en las formas de pensar la política que implican sí, cambios correlativos a la reestructuración capitalista, pero que más de desplegar una apoliticidad o una despoliticidad, acarrearán una *re-politicidad*, que se asume consecuente, en los jóvenes, con dichas transformaciones.

BIBLIOGRAFIA

Bobbio, Norberto, Matteuchi, Nicola y Pasquino, Gianfranco (2002). *Diccionario de Política* (dos tomos). México, Siglo XXI editores.

Borón, Atilio A., Amadeo, Javier y Gonzalez, Sabrina (comps.) (2006). *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO.

Cernotto, Diana (1999): “Globalización: Estado, Trabajo y Capital”, en Revista Administración Pública y Sociedad N° 10, IIFAP, Universidad Nacional de Córdoba.

Habermas, Jürgen. (1991) *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Amorrortu. Buenos Aires.

Lechner, Norbert (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Lechner, Norbert (1994). *Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo*. En Revista Nueva Sociedad N° 130, pp. 32-43.

Mouffe, Chantal (2007), *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Offe, Claus (1990) *Contradicciones en el Estado del Bienestar*. Madrid. Alianza Universidad.

Ranciere, Jacques (1996) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Schmitt, Carl (1991) *El concepto de lo político*, Madrid: Alianza Universidad

Weber, Max (1980). *Ciencia y Política*. Buenos Aires, CEAL.